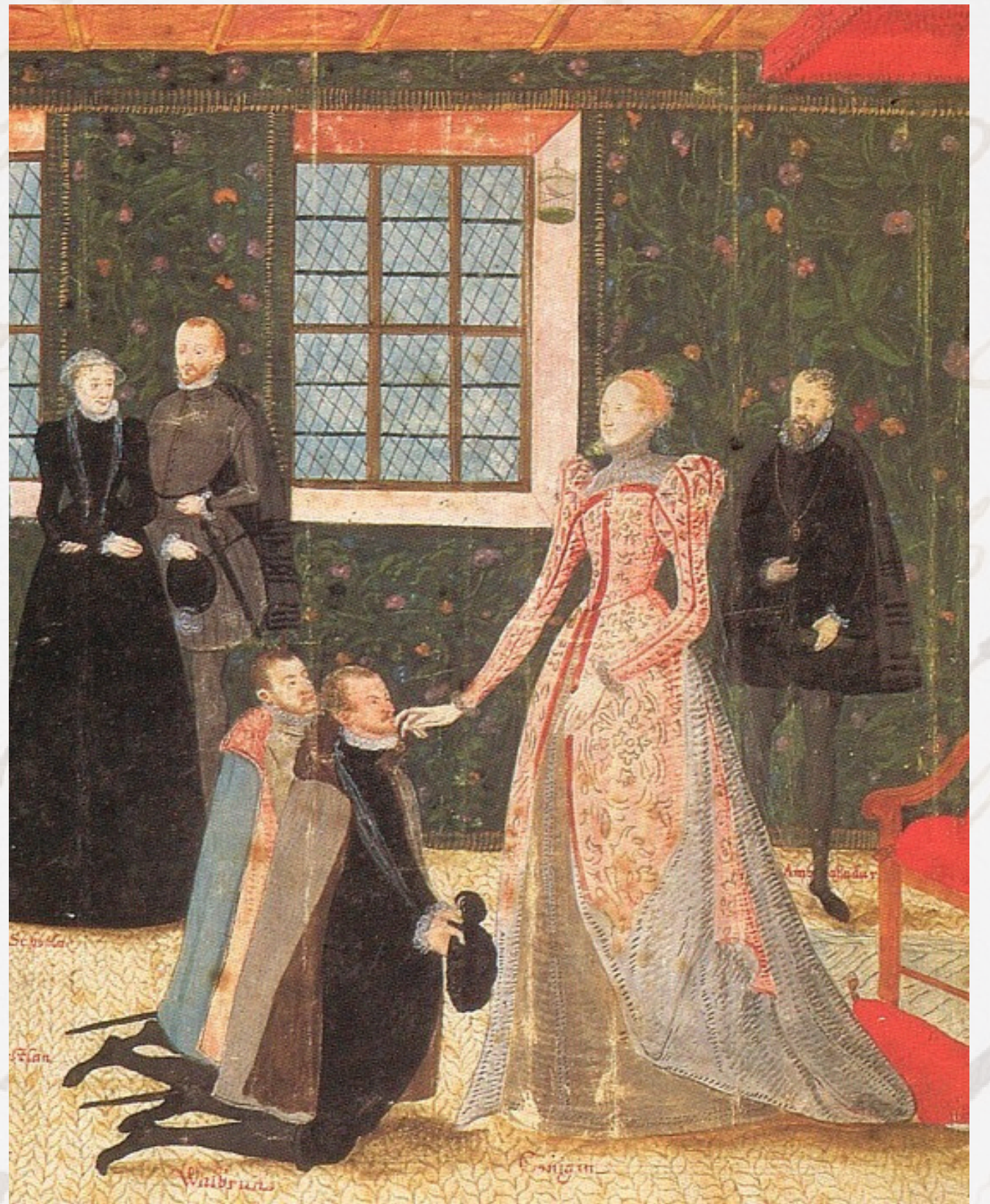


# LA DIPLOMACIA DEL PODER

## EL «BUEN EMBAJADOR» EN LA EDAD MODERNA

La visión tradicional de la historia de la diplomacia, en el sentido moderno del término —es decir, la gestión pacífica de las relaciones entre Estados—, ha situado su desarrollo a lo largo de los siglos de la Edad Moderna, con unos orígenes que se remontan a los cambios que se produjeron en la península itálica durante la segunda mitad del siglo XV y a su posterior adopción y adaptación por parte del resto de Europa. La historiografía de las últimas décadas, sin embargo, ha puesto en cuestión este paradigma, indagando en la multiplicidad de orígenes y demostrando cómo solo muy lentamente la aparición de convenciones ampliamente compartidas y la creciente familiaridad con la práctica consolidaron la diplomacia como un medio regular y sistematizado de mantener contactos y gestionar, contener y prevenir conflictos, convirtiéndose en un instrumento esencial del poder. La diplomacia de la Edad Moderna fue siempre multifacética, con redes informales estructuradas por lazos familiares y personales de clientelismo, amistad o negocios junto a las embajadas y embajadores residentes que llevaban a cabo negociaciones, dotados de unas instrucciones y un nombramiento oficiales.



Esta sección pone el foco en la estrecha relación entre diplomacia y poder, pero también en las prácticas y estructuras que componían la actividad diplomática. La negociación iba más allá de las meras conversaciones entre enviados ordinarios o extraordinarios y, en consecuencia, su análisis debe trascender el contenido eminentemente político de dichas negociaciones. Las redes interpersonales, las diferentes instituciones involucradas, las estrategias retóricas, los intereses individuales, las identidades colectivas y los intercambios culturales formaron parte de las negociaciones, en ocasiones con un papel tan relevante como las conversaciones en sí mismas. El desarrollo de estas prácticas diplomáticas dio lugar a toda una literatura sobre las características que debía encarnar el «buen embajador», como demuestran los éxitos editoriales de las obras de Juan Antonio Vera y Carlo Maria Carafa. La selección de libros recogidos en esta sección aborda desde distintas ópticas este planteamiento: bien sea a través de las redes y círculos de una reina o un valido, bien a través del intercambio de regalos, de la gestualidad, del uso del lenguaje o de las formas de comunicación, todo ello forma parte de las prácticas que un «buen diplomático» debía ser capaz de desplegar en su relación con el poder.